

## SONES DEL GRAN MESTIZO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

“El Tiempo”, con su sentido auténtico de lo americano, ha convocado a los escritores colombianos a que cumplan la cita que les ha señalado Hernando Téllez, el magnífico escritor de tan claros aciertos, pero también de lejanas resonancias francesas, para que expresen su concepto sobre el problema de la cultura y de las relaciones de esta naturaleza entre América y Europa.

Algunas de las tesis de Téllez son controvertibles. Por ejemplo aquella de que todo lo debemos culturalmente al trajín en América de razas europeas. Que, por tanto, estamos obligados a secular servidumbre y a sentirnos desolados y derrotados en estas factorías españolas, inglesas, francesas y portuguesas.

Como tesis tienen ellas aparentemente el terco perfil de los hechos inmodificables. Pero moralmente no podemos aceptar para siempre este modesto papel de vasallaje y tutoría colonial. Claro está que debemos, por lo que respecta a Colombia, todo lo que en un principio fuimos como integración cultural a España: Idioma, religión, pasiones, inestabilidad psíquica, vago anhelo, lloroso sentido ecuménico. Pero es preciso aceptar también que, al derramar la sangre hispana en cauces aborígenes, nació —bronco connubio—, un pueblo nuevo, una misión distinta e intrasferible. Porque no solamente la cultura preforma una nación, un vínculo activo de ciudadanía. Es la tierra, la peripecia étnica, la trabazón de pasiones, lo que fija y destila el auténtico destino de un pueblo.

América tiene su propio perfil por razón de estos postulados inmodificables: una cultura aborígen que era floreciente antes de la Conquista como lo ha probado en penetrantes ensayos el paraguayo Natalicio González; que no desapareció del todo, merced a la labor apostólica de misioneros católicos que en cierta medida reforzaron lo ecuménicamente religioso del indio, con los magníficos aportes de una creencia que agrandaba el sentido del mundo y la hermosura de una creencia por la cual todos participamos del mundo de Dios.

De ahí lo inconmensurable de esta hazaña que solo podía alimentar en mensajes como el de Bartolomé de las Casas, un monje ardido en espiritualidad, de una fuerza humana tan grande que bordea los cauces de la hazaña. Ese aporte indígena a la integración de una raza nueva es un hecho vital que se nos pone de presente, con iluminación casi sombría, en todos los momentos del acontecer histórico. América se desvela en torno de sus propios abismos. Una misión intransferible y peleadora la convoca. Negarlo sería irse de bruces contra la realidad. Ninguna literatura por decantada, voluptuosa y otoñal que se la suponga, puede alejarnos de nuestra ruta. Porque estamos en la Alborada de tiempos nuevos y, además, porque este Continente —en sus tres ramas más poderosas—, norteamericanos o anglos, centro y suramericanos o indo-hispanos y brasileros o lusitanos, está ya en pista para la gran carrera, para usar símiles hípicas.

Además, América, y esto es bueno que se entienda a cabalidad, es el Continente por excelencia de la juridicidad, de la buena moneda del trato y contrato internacionales. Porque, a diferencia de Europa, no tenemos *dos* morales para apreciar el mundo. Por eso mismo, el belga, el inglés, el francés, pueden defender apasionadamente sus nacionalismos, pero de fronteras afuera predicar el más abierto colonialismo. Por eso también el llamado Derecho de Asilo se ha perfeccionado entre nosotros, por el sentido religioso de las bases espirituales, de la honda raíz de amor, que, en definitiva, es el punto de partido de toda nuestra trayectoria humana.

Debemos pues, humildemente realizar nuestra modesta tarea de alfareros del caliente barro aborigen. Lo negro, lo indio, bases también de todo el quehacer histórico de América, nos indican que la ruta no puede ser la de la humilde servidumbre ante los altares de la cultura europea, sino una viva y fecunda acción americana por superar nuestro mundo lacustre, su totismo embrujado, su manigua ardiente, sus sones y cobres auténticos, en busca de un destino, de un mensaje.

No tenemos como herencia humana tipos como Leonardo da Vinci, Beethoven, Goethe, Pascal, Miguel Angel, el Cardenal Newmann, ni escritores de la alcurnia de Benedito Croce, Bernanos, Malraux, Camus, Kierkegard, pero sí Héros de nuestra aventura inconmensurables como Bolívar, Martí, Washington, San Martín, Artigas, Nariño, Santander, Morelos, que debieran desvelar nuestro sueño y agitar las aguas entenebrecidas del vivir continental.

No predicamos la gloria y la coronación del Gran Mulato, ni aspiramos a exaltar como válido lo puramente provinciano, aunque tenga tantas valencias líricas. Pero sí estamos en la obligación, sin posible evasión, de encontrarnos como signo y cifra con el Gran Mestizo, del cual no podremos ya libertarnos, como nadie puede cambiar de genitores.

Lo demás puede ser tarea académica, nobleza suspirada por otras culturas, sabiduría humanística, pero nunca sangre y dolor americanos. Pasarán los años y nuevas generaciones que no admitirán fraudes en la cultura, se irán de brazo de Don Segundo Sombra, de Cova, en La Vorágine, de Martín Fierro o de las sombras mayestáticas y carnales de los gauchos de Lugones, y no con las lentas sabidurías europeas, tan puras pero tan remotas de Jorge Luis Borges.